

Andrés Neuman

DILUVIO 2.0

Vengo de ver el cielo cayéndose a pedazos como una nuez partida, ¿el cielo es contenido o continente?, todo enemigo tiene cara de escalera, nadie guarda este cielo porque es un regalo que abrieron otros antes, qué milagro esta nada repartida entre los huéspedes de un viejo colador que no se cura.

Una pantalla avisa y una ventana actúa, me da miedo apagar el aparato, ¿pero quién ha pateado esta tormenta, cuántas piernas tuvieron que partirse como una antena, un mástil?, la escalera chorrea un color que no es suyo, la lluvia instruye más cuando es opaca.

El diluvio se expande como la indiferencia, tengo ganas de bajar y aplastarme, ser el charco que piso, no hay dolor en la bota que se moja a propósito, qué delicia pasar, ser la huella dactilar de un neumático, pero las suelas matan caminos anteriores, una bota pateó la pelota de fuego, veo pies calcinados debajo del cristal debajo de la lluvia debajo de debajo.



EL POZO DEL PADRE

Vengo de ver el pozo del padre donde abrego, la ternura ganada sorbo a sorbo, esa que sube dentro del balde y tiembla cuando un brazo la busca, el pozo en las mañanas de gris iluminado, el padre que me muestra la fuerza posterior de un bíceps fofo.

En el brazo peludo de la bestia, donde insiste el legado progresivo, se esconde el movimiento redoblado de quien, estando quieto por falta de potencia, contempla y comprende, comprende y calla.

Sé que no soy la bestia, y que la madre estuvo alzando la balanza para que no se desplomara una mitad, ni la oscura de trapos ni la más incandescente.

Sé que no soy la bestia, me negué bestialmente, pero a veces un brazo, hundido en el sofá que se hunde como un pozo, emerge de su invierno para tocarme ahí.

Ahí, me dice el brazo, está nuestra desgracia, la estoy iluminando para ti.

